

proceder de esta manera la convicción de que toda ingerencia de los empleados del ramo en la lucha de los partidos es funesta para el sistema que se trata de fundar". Y añadía luego con cierto desengaño: "Grande como es el respeto y el afecto que a mi partido profesó, ese afecto y ese respeto los he subordinado y los subordino aún al interés que para mí tiene la causa de la instrucción popular. Verdad es que fuera de ésta, no alcanzo a ver en las agitaciones de nuestros partidos otros resultados que energías mal gastadas e ilusiones perdidas". El gran repúblico tenía razón entonces... y sigue teniéndola cincuenta años después; porque eso que con el nombre de política envenena desde muy temprano los ánimos juveniles, no ha sabido ser entre nosotros el arte divino de gobernar a los pueblos que dijo el filósofo académico, sino la persistencia atávica de perjuicios insensatos, la feria y el tablado donde zumba y se menea todo un enjambre de odios antiguos y toda una caterva de "intereses creados", tal vez más violentos y viles que los que se juntaron, para arruinar "la ciudad alegre y confiada" que todos conocéis.

Excelentísimo señor:

Creando la Academia de Ciencias de la Educación que habéis inaugurado hoy, honráis la memoria insigne de Dámaso Zapata, y pedís a este cuerpo que asocie sus desvelos a los vuestros en pro de la enseñanza: lo primero es acto de justicia y consagración de un ejemplo; lo segundo es favor que reconocemos y responsabilidad que aceptamos con tanta conciencia como deseo de ser fieles y probos cumplidores de un mandato prestantísimo que se confunde en nuestro espíritu con el servicio y amor a la república.



MEMORIA DANTESCA

Por Monseñor José Vicente Castro Silva

Henos aquí en Florencia, ciudad legendaria y de pocas creces, sembrada de campanarios y de torres, cruzada por callejuelas angostas, prevención necesaria para luchar ventajosamente con los invasores, en todo semejante con los invasores, en todo semejante a una ceñuda fortaleza, y en todo distinta de la Florencia actual, mansión luminosa de artística quietud.

Ciudad fue aquella atormentada y rota por facciones y partidos, donde solía resonar la vocería tumultuosa de los que desencadenan tempestades "porque hay quién les ofrezca tridente de oro para aquietarlas después de levantadas"; ciudad que guardaba también celosamente el eco generoso de voces patrióticas que enseñaron al pueblo a ser artífice de sus destinos, a renovarse sin cesar y a salir triunfante allí donde otros hubieron fenecido sin remedio.

Esta fue la patria de DANTE ALIGHIERI, gloria de Italia y ornato preclarísimo del género humano. Sean estas líneas una simple y devota tentativa de cumplir el mandato tradicional: "Onorate l'altissimo poeta".

* * *

Poeta es aquél que siente agitarse confusamente en su interior un mundo de formas y de imágenes, formas fluctuantes e indeterminadas, rayos luminosos que aún no se reflejan ni se disuelven en la gradación espléndida del iris, notas dispersas que no llegan a engendrar armonía. Y no hay quién no tenga su poco de poeta, mayormente en los albores de la mocedad, época propicia a transformar el hombre en caballero andante, y a distraerle con historias peregrinas de hadas y de palacios de oro. Pero todo ello apenas en un estado transitorio, la realidad presto se encarga de acabar con el desatino de los sueños y de estropear el halago de las ilusiones, para dar lugar a la vida prosaica. Solamente al poeta verdadero le es dado consolidar aquel mundo fantástico que bulle en las entrañas de su sér, ávido de mostrarse e incapaz de sufrir las ligaduras sutiles que lo aprisionan y circundan; llega un instante en que el alma se revela a sí misma, y suelen ser las cosas y acaecimientos exteriores instrumento providencial de tan excelsa manifestación. La

vida de Dante comienza cuando de solo nueve años encontraron sus ojos los ojos de Beatriz; otra vez la miró y al renovársele la impresión profundísima que recibió en la infancia, el arte se le reveló y se sintió poeta.

Beatriz murió y después de llorarla y de cantarla, Dante enderezó su vida a fines políticos y prácticos. Al sosiego del estudio y a las inquietudes del amor sucedieron los afanes domésticos y las pasiones de la vida pública; en pos de Dante artista surge Dante ciudadano, ocasión adecuada para que el hombre revele su carácter, conozca su personalidad y trate de imponerla a sus contemporáneos. Mas la personalidad a veces desmaya con las contradicciones y flaquea ante los obstáculos, a veces halla nuevo vigor y grande robustez en medio de la lucha, y este poder de resistencia invicta es lo que constituye los grandes caracteres. Pero las grandezas son distintas: Hay hombres de acción, nacidos para señorear, hábiles para no comprometerse, diestros en ceder, imperturbablemente fijos en un propósito al cual van acercándose con pasos cautelosos y disimulados, pero siempre seguros, mal comprendidos de las gentes que los motejan de inconstancia y veleidad. Dante no tuvo esta grandeza, no nació para encabezar partidos o enarbolar pendones, fue más semejante a Catón que a César, y bien sabido es que los hombres de esta índole son admirados, pero no obedecidos.

Severo e inflexible, Dante fue un hombre apasionado y convencido; no supo comprender ni tolerar los vicios y errores de sus contemporáneos, ni acertó a hacer granjería con las flaquezas ajenas, ni anduvo en medio a los intereses y violencias para ver de conquistar el bien aún en el mismo seno de la maldad, como es forzoso que lo hagan los que quieren y saben gobernar. Administró dos meses el Priorato de Florencia y tuvo que desterrar a Guido Cavalcanti, su mejor amigo, para poner paz y concordia entre facciones irreconciliables; vio venir sobre sí las insidias y malas artes de los Neri y les dio tiempo de madurar sus designios aceptando una embajada inoficiosa que le hizo pagar Corso Donati a precio de destierro y de despojo; peregrinó lejos de su ciudad y los suyos le olvidaron de suerte que no pudo hacer prevalecer sus opiniones ni averiguarse con las ajenas. Cansáronle los hombres, hízose esquivo a amigos y a enemigos, a la postre vino a quedarse solo. No falta quien pretenda explicar tales sucesos y este desamparo final con razones ocultas e intrincadas, pero vale más que nos atenamos a la condición del personaje. Quien ha de vivir con los hombres tiene que aceptarlos como son, quien ha de gobernarlos debe comprenderlos, y Dante, despreciador sistemático de toda vileza, tenía que ser intolerante; su mejor ambiente fue la soledad y en ella se refugió para huir de lo presente y dominar lo por venir.

Hurtándose a la acción se entrega nuevamente al estudio para ordenar la "Divina Comedia", única y verdadera acción de Dante, cuyos efectos trascienden la esfera angosta de las ambiciones e intereses de aquel tiempo y tienen más límite que el hombre y el mundo. Allí juntó sus dolores y sus odios, sus venganzas y sus anhelos con los destinos perdurables del género humano. Odios y venganzas he dicho, porque Dante épico y Dante lírico son harto desiguales y el poeta que vi-

sitó los círculos eternos no se parece a aquel otro que en plena juventud desterró de sus cantos toda palabra rencorosa y concretó el universo en las pupilas de Beatriz.

Ahora, desengañado y caduco, espacia las miradas por más vastos horizontes; ha conocido ciudades y hombres, cortes y consejos, caracteres, pasiones y costumbres, la realidad se le muestra como libro abierto, y por eso, experto en las andanzas de la vida, no escribe sonetos y canciones sino que construye un poema verdadero. Entre tanto, el mundo que lo rodeaba, traía profunda turbación a su ánimo. "¿Qué buscas?", le preguntó un fraile alguna vez. "Paz", respondió el cansado viejo, pero no la logró sino con la muerte.

En el secreto de las almas se guardan adormecidos e ignorados los gérmenes de todas las pasiones; casos fortuitos o intencionales suelen conmoverlas y franquearles la salida y entonces prorrumpen con ímpetu sobrepujante. Así las turbulencias civiles despertaron en Dante pasiones y ardimiento primero ignotos y después violentísimos, exacerbados luego por la desventura. Y no eran sus tiempos aquellos felices y apacibles en que el artista pueda abandonarse mansamente a la contemplación y cerrar los oídos al grito profano de los intereses mundanos, eran más bien tiempos revueltos en que la pluma del poeta vale por espada tajante y punzadora. De ahí que la poesía dantesca sea un perpetuo batallar, y que el mundo en que se mueve sea un teatro donde juntamente representa como actor, pelea como soldado y canta como vate, fundiendo en sí mismo la inspiración de Homero y el arrojo de Aquiles. Pero este hombre nuevo no pudo anonadar al antiguo y por eso las iras de Dante revelan amor extraordinario y es grande la dulzura que se esconde bajo la sobrehoz de sus violencias. Los biógrafos no atienden a mostrarnos sino aspectos aislados de Alighieri, los más nos lo pintan vengativo y desdeñoso, otros quieren demostrar perenne concordia de sus actos y palabras con la justicia inmutable, ni es desconocida la labor de César Balbo que con serenidad halagadora y con templanza nobilísima hizo de Dante un prototipo de amor y gentileza. A unos y a otros saca verdaderos la índole del poeta soberano, porque fue hombre apasionado e impetuoso, naturaleza pronta a abandonarse con alma y vida a la impresión más fugitiva, tan temeroso cuando la ira le dominaba y tan compasivo cuando la ternura le invadía, excelso cuando amaba e indomable cuando iba a castigar, poderoso a reunir en su mente Infierno y Paraíso, creador de Francesca de Rimini y de Filippo Argenti, de Farinata y de Cavalcanti, hombre, en fin, que un día llamó a sus conterráneos "bestie fiesolane (L XV, 73) y otro día los imploraba con gritos amarguísimos "popule mi, quid feci tibi".

Y no es esto decir que Dante fue voltario y tornadizo; la inclinación y el hábito nos predisponen a idealizar los hombres y a figurárnoslos siempre idénticos e inmutables, cosa bien rara porque la naturaleza no suele andar un mismo camino y a menudo nos sorprende armonizando atributos opuestos y contrarios merced a tenues y casi imperceptibles gradaciones. Aquiles es feroz cuando se adueña de Héctor, y sin embargo, a la vista de su padre, no acierta a contener los raudales del llanto más piadoso; así entendemos cómo desfallece Dante cantan-

do los casos lastimeros de Francesca y de Pablo y cómo se reviste de crueldad para describir con espantable precisión un cráneo humano mordido por los dientes de un réprobo furioso.

La cultura nos enseña a medir los gestos y palabras y a mantenernos en perpetua benevolencia de semblante, aún podría acontecer que un hombre educado a la ligera se hallará más dispuesto a perpetrar una injusticia que a proceder sin miramientos. Dante, que fue todo naturalidad, no supo disfrazarse y por eso llegó a ser personaje esencialmente poético, tuvo por rasgo dominante la fuerza que se manifiesta sin trabas; la desgracia, lejos de envilecerlo, le añade energías y lo levanta. Comió, es verdad, el pan amargo que ofrecen los protectores soberbios, solicitó su amparo y toleró aquella humillación extrema que consiste en el menosprecio de las gentes improvisadas, pero nadie supo estimar mejor la superioridad que le aventajaba entre sus contemporáneos. Aquella carta famosa en que rehusa volver a su patria con menoscabo del honor, no solamente revela un ánimo desligado de toda vileza, sino que apunta en cada línea la más exquisita dignidad "no son esas —le escribe a un amigo florentino— las vías que me convienen para que cese este destierro, si se me ofrecen otras que no redunden en mengua de mi honor y de mi fama, las aceptaré de grado. Que si no hay medios decorosos para entrar en Florencia, nunca más entraré en mi ciudad" (Ep. V).

Aquí oímos el lenguaje de la magnanimidad heroica, aquí entendemos que Dante era sabedor de su propia grandeza, aquí le vemos erguido sobre el pedestal de sus obras y con el rostro cargado de desdén para todo lo bajo y abatido, más propicio a perdonar un delito que una vileza. Las naturalezas serias e ideales se conocen muy bien por sus contrarios, y lo contrario de Dante es la vulgaridad; que no parece sino que se creía de raza superior no tanto por la nobleza de la sangre como por la excelsitud de su ánimo. Ni se piense que le bastara una dignidad meramente pasiva, porque no se hicieron para él las frialdades del estoicismo antiguo, conviéndenle mejor los arrebatos de la indignación y la elocuencia de la ira y los afectos hervorosos que arrastran consigo el varío juego de todas las potencias del alma. Con razón le ofreció Virgilio el tributo de su entusiasmo al ver cómo se iba transfigurando y cómo se desprendía de la miseria circundante para levantarse contra los poderosos que le oprimieron y señalarlos con heridas inmortales.

Y no es que le falten momentos de aflicción y de abandono sino que el sentimiento delicadísimo del dolor se trueca, sin que sepamos cómo, en arranque poderoso y en resistencia vencedora. Con ser tan larga y acerba la serie de sus infortunios, no nos dejó ni una sola página en que domine esa postración moral, ese desconsuelo irremediable y fatal sobrado frecuente en los modernos, porque en Dante el dolor aparece vestido con apariencias de cólera debido a la suma presteza con que reacciona su carácter.

Notad ahora que este desprecio altivo de todo lo vulgar, esta conciencia de su propio valer, este afán de coronarse por su propia mano,

contribuyen a engrandecer en nuestro entendimiento la figura de Dante que nunca aparece tan avasallador como cuando refrena soberbiamente el dolor interno y amenaza con el semblante mientras le sangra el corazón.

En sus años juveniles todo es para Beatriz; metido luego en los negocios públicos, Florencia viene a ser el Norte de sus pensamientos. A lo último se consagra ardorosamente a la teología y a la filosofía y saca de ahí una visión potente de las cosas. Florencia no puede contenerlo. Italia no lo circunscribe, divisa lejanías ocultas a sus coetáneos, piensa en la posteridad, no le basta la fama y quiere la gloria. El amor de Beatriz se purifica de su porción terrena para convertirse en amor de lo divino. Mas no ha de creerse que semejante mutación puede explicarse por aquel achaque ordinario de la vejez que consiste en generalizarlo todo y en convertir las impresiones habituales en máximas y sentencias perentorias e inapelables; en Alighieri lo particular no desaparece sino que sobrevive pero en su forma más alta, y así aunque hable para la humanidad, siempre subsiste para él esa antigua Florencia que hizo palpar su corazón de peregrino; la Beatriz ideal que le guía por las claridades del Empíreo es fidelísimo trasunto de aquella otra que se adueñó de su alma y en cuyos ojos bebió la luz que se refleja en el Canzoniere; la suerte de los venideros le preocupa, pero lo trascendental de sus planes y sistemas políticos se mezcla con todos los intereses de la época; las especulaciones más abstractas se dan la mano con sus afectos personales, y las memorias de su partido y de sus adversarios pasan fulgurantes a través de la escueta armazón de un silogismo.

En ocasiones Dante desecha la medida, acusa, impreca y fustiga sin reparos ni consideraciones, obediente a las musas ominosas que pintaban en su alma la calamidad de los tiempos o removían las heces de antiguos sufrimientos; pero aún entonces el poeta nos conquista por la sinceridad de sus ímpetus, que son otras tantas saetas extraídas de la aljaba de su convicción; si afirma cree en la verdad de lo que afirma, si acusa tiene por justa y necesaria la acusación, si exagera pasa adelante y no lo advierte.

Con tanto calor en el alma, con pasiones tan extremadas, he aquí que Dante tuvo que renunciar a la actividad cuando todo le solicitaba a vivir intensamente. Le destierran, y el mundo prosigue su camino sin él y contra él. Dante no lo lleva en paciencia, no sabe resignarse, pero tampoco quiere conspirar vulgarmente, en compañía "malvagia e scempia"; sus obras se reducen por un momento a cartas inútiles dirigidas a príncipes y a pueblos, tratados y negocios que adelanta en servicio de sus protectores; poco a poco se convierte en mero espectador de los acontecimientos; su energía indomable no teniendo ya dónde manifestarse, se concentra en sí misma y estalla por fin en un poema, tétrico y rumoroso como la tempestad, fantástico y melancólico como noche serena bañada en lumbres estelares y atenta al manso resbalar de una barca en las aguas dormidas, luminoso y espléndido con las irradiaciones del Amor primero que mueve y compasa las esferas; abstruso y recóndito como tiene que ser toda expresión humana de la verdad eterna.

Hémos aquí en presencia del mundo dantesco, de la Comedia apellidada Divina por consentimiento y juicio universales. Del carácter de su autor pienso, tal vez gratuitamente, que hemos discurrido hasta ahora: toleradme la presunción de averiguar la índole de su poema.

Parte sustancial de un argumento en las obras literarias no es lo que tiene de común con los demás sino lo que tiene de propio e incommunicable; un argumento no es tabla rasa, materia indiferente que puede recibir toda especie de formas a voluntad y arbitrio del autor, es materia determinada y precisa que contiene en sí misma y virtualmente las leyes orgánicas reguladoras de la producción artística, su concepto adecuado, sus partes y su estilo. Es un germen fecundo guardador de tesoros ingentes que sólo son visibles a ojos del artista. Allí no descubre nada o descubre muy poco el talento mediano, al paso que el poeta genial, dejándose atraer amorosamente por el argumento, le da su alma, vive en él y con él se unimisma.

Cuando Dante concibió la Divina Comedia, abundaban fuera de Italia las narraciones épicas urdidas en torno a personajes tradicionales: reyes, caballeros, héroes y paladines, que no tuvieron correspondencia ni semejanza en la Península, hasta mucho tiempo después; en otros términos, Italia no fue cuna del Cid Campeador ni de Don Quijote, de Arturo ni de Carlomagno; aun las simples tradiciones caballerescas y feudales le faltan casi por completo en sus primeras épocas literarias y las únicas de que puede hacerse mención brotaron merced a la historia de aquellos que en Italia se apellidaban bárbaros. Porque la historia de Italia, durante una considerable porción de la Edad Media, —y así lo afirma De Santis— se confunde con la historia de sus conquistadores. Vino después la época de libertad y de cultura, hiciéronse armas contra los castillos, nació el municipio y cundieron por el territorio anhelos urgentes de emancipación y de soberanía. Las gentes y pueblos que la procuraban no fueron ciertamente los godos ni los sarracenos, los normandos ni los longobardos sino las propias multitudes conquistadas, los elementos aborígenes genuinamente latinos. Por eso, cuando después de larga y silenciosa servidumbre conquistaron el señorío de su raza y se adueñaron de la cultura que comenzaba a difundirse, no fueron a buscar las tradiciones patrias en tiempos que les recordasen la dominación extranjera, y esquivándolos con notable prisa, corrieron derechamente a buscarlas en la historia romana que era su propia historia.

Los más graves sucesos no lograron hacerles echar en olvido este preclaro abolengo, disputáronse por herederos y continuadores inmediatos del pueblo romano, señor del universo, siguieron llamando bárbaros a los extranjeros, hablaban orgullosamente con el Emperador con muchas alusiones a la gloria y a la grandeza de Roma legendaria, Cola da Rienzo arengaba a estilo de los tribunos antiguos, los historiadores antes de emprender su narración se paraban a saludar los orígenes del Lacio y hasta las vejezuelas sabían entretenerse haciendo remembranzas.

De'troiani e di Fiesole e di Roma (Par. XV. 16).

Esas tradiciones tenían para Dante y para sus conciudadanos gran importancia política, el partido gibelino las adoptó como normas

ideales y Alighieri las aprovecha largamente en su libro "De Monarchia" para defender su sistema. Fundábanse, de resto, en la imperecedera Eneida de Virgilio donde el dulcísimo mantuano celebró el nacimiento de Roma y la glorificación del Imperio.

Los poetas de otras naciones convirtieron sus tradiciones en epopeya sin que fuera menester realizar previamente una labor de adaptación porque las unas y las otras no pugnaban en el campo religioso, mas en Italia el caso era distinto: la tradición era pagana y la epopeya, por exigencia de los tiempos, de la civilización y de las costumbres, tenía que ser netamente cristiana; la religión romana, nervio y vida de las tradiciones itálicas era a la sazón cuerpo sin alma, irremisiblemente muerto, incapaz de animar la literatura, mero accesorio artístico que a veces contrastaba grotescamente con la realidad de la vida.

Y esta realidad no podía prescindir de la idea religiosa, del dogma católico, para llamar las cosas por sus nombres. Ahí veréis por qué, a diferencia de otros pueblos y hasta el advenimiento de Dante, Italia no poseía un género poético en que se aunaran la religión y las tradiciones, como acontece en los poemas caballerescos. Tenía un cambio, dos géneros puramente religiosos: la "Visión" y la "Leyenda", aquella exalta lo maravilloso del mundo por venir, ésta encumbra lo maravilloso de las obras humanas, en ocasiones se mezclan y la visión penetra en los dominios de la leyenda para magnificarla. Así nacieron las Florecillas de San Francisco, y así escribió Cavalca las Vidas de los Padres.

Visiones y leyendas pasaron del púlpito y de los libros a la plaza; convertidas en drama fueron representadas, y los dominios, los réprobos y las almas que moran en el fuego expiatorio debieron hablar a los espectadores como hablaron a los antiguos las Euménides tremendas. Porque lo trágico era nota predominante al puntualizar en las tablas la perdición del alma mediante los recursos de la palabra y de la mímica. Y fue éste el argumento que Dante Alighieri hizo suyo y que hasta entonces no había logrado sino expresión fragmentaria y parcial, con él se abrazó, supo medir su amplitud inmensa y le dio fundamento y corona en la doctrina de la Redención, con lo cual la tragedia vino a rematar en Comedia, es decir, en canto regocijado y jubiloso.

Ese argumento encierra la última página de la historia humana y el desenlace del drama terreno, allí el velo de la muerte desciende sobre el escenario de este mundo, las puertas del futuro están cerradas, la acción ha concluído, las oscilaciones de la libertad cesan y el tiempo movedizo se extingue para que sólo reine un eterno presente.

Nos hallamos, pues, en los dominios de la perfección, y en presencia de la creación final donde todo es imagen acabada de Dios, y donde la materia es instrumento fidelísimo del espíritu, y lo real y lo ideal se identifican. La naturaleza no aparece allí como obra misteriosa sino como verdad espléndida y patente, y en cuanto al hombre, revestido ya de inmortalidad, y colocado más allá de toda mudanza, queda también fuera de esta sucesión continua en que alternan luchas e intrigas, anhelos y desesperanzas, vicisitudes y catástrofes. No hay acción

que se desarrolle a través de obstáculos materiales o humanos o que deje el ánimo en suspenso. En suma: aquel reino de la verdad y del bien inmutables que Dante aprendió a conocer en la Summa de Santo Tomás de Aquino, no es épico ni es dramático porque la epopeya y el drama suponen contraste de caracteres y pasiones, vacilación y flaqueza de la libertad, lucha indecisa y tal vez angustiosa entre la razón y los afectos.

Y sin embargo, Dante Alighieri sacó de ahí, con esfuerzo increíble una epopeya, y en eso estriba la grandeza de su obra. Su sabiduría teológica le vedaba perturbar en obsequio a la poesía las leyes soberanas, reguladoras del mundo ultraterreno y decidió entrar allá, pero en mitad de la vida y llevando consigo todas sus pasiones de hombre y de ciudadano para que renaciese el drama en el seno del orden infinito y reapareciesen el tiempo y sus mudanzas en la inmutable eternidad.

Así las almas habitadoras del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso se ponen en contacto con un hombre viador y hablando con él, tornan momentáneamente a la tierra y se acuerdan de la Patria y de los amigos, de suerte que las mansiones perdurables son teatro en que se agitan la Italia y la Europa del Siglo XIV, con sus pontífices y sus emperadores, con sus reyes y pueblos, con sus errores y desmanes: es el drama del siglo representado en el otro mundo y escrito por un poeta que también es actor.

Merced a esta concepción felicísima la poesía comprende y abarca todo lo que es la vida, lo humano y lo divino, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, lo más abstracto de la inteligencia y lo más concreto de la realidad.

Surgen allí el tiempo, la historia y la sociedad con la plenitud de su energía interna y externa, religiosa y moral, intelectual y política, y con esto germina la epopeya y el poema heroico y nacional, toda vez que Dante puede traer a cuento las tradiciones italianas sin menoscabo de la antigüedad y sin falsear la vida moderna. Ante la justicia de los destinos futuros pueden destruir toda diferencia occidental, poner a Alejandro en compañía de Ezzelino y a Bruto en las vecindades de Judas. El poeta mismo acude con lo más íntimo y personal que tiene, con sus amores y odios, con su historia privada, pero sin romper la unidad de su obra, afianzada como enseña Hegel en "el círculo inmutable del amor divino".

He ahí cómo logró Dante introducir variedad sorprendente en un argumento que parecía rehusar cualquier manera de consorcio con la inquietud característica de la vida terrena.

En ninguno de cuantos poetas han existido andan tan juntas y trabadas como en Dante el elemento moral y el intelectual, y advierte Macaulay que este linaje de unión y el efecto que produce, nacen de la fe inspiradora del poema cotejando luego a Dante con Milton, añade estas palabras.

"Dante no ha vacilado nunca en revestir sus inspiraciones de forma determinada y precisa, analizó cifras y medidas allí donde Milton hubiera dejado flotar sus imágenes de manera incierta y vaga envueltas en nubes de palabras. Ambos tenían razón: pero como Milton no contaba sus propias aventuras y peregrinaciones, como no anduvo trajinando por la ciudad doliente ni por las esferas celestiales, podía limitarse a magníficas generalidades, lo cual no acontecía con el viajero errabundo de la región extramundana. Fuerza era que describiese minuciosamente las cosas terribles y los prodigios todos que se reputaban inenarrables, que refiriese con acento de verdad lo que ni la fábula llegó a suponer, ni el miedo pudo sospechar.

De esta suerte no parecerá extraña aquella otra afirmación del crítico inglés para quien "son más conmovedores los detalles dantescos que la vaga sublimidad miltoniana". Esta es, en verdad, creación privilegiada de un poeta genial, pero aquellos nos ponen de presente no sólo al poeta sino al hombre que vuelve "del valle del abismo doloroso", y nos parece que le vemos con los ojos dilatados por el horror y que percibimos los acentos entrecortados y los sollozos reprimidos con que acompaña su terrible historia y su tremendo viaje.

Porque Dante sabía muy bien que los seres de diversa naturaleza nos producen escasa impresión mientras los consideráramos solamente en sí mismos, y que cuando traspasamos el abismo que los separa de nosotros, cuando recelamos apenas alguna relación indefinida entre estas leyes de lo visible y es otras que rigen lo invisible, se suscitan en nosotros las emociones más vivas que acaso puede sufrir la condición humana.

En esa relación no sospechada tienen poca parte las formas del mundo puramente exterior y sensible; Dante se fijaba, ante todo, en la naturaleza humana, cede a otros la tierra, el mar y el firmamento y se reserva la humanidad, deja que otros se extasien contemplando la noche, las estrellas y las nubes; para él no hay más horas tranquilas y serenas que las de sus recuerdos tiernos y amantes, poderosos a enturbiar los ojos, a conmover el corazón del navegante y del peregrino y a hacer que lloren los mortales el desvanecerse de un crepúsculo que no volverá. Oidle si no el preludiar el tercer canto del Paraíso.

"O voi che siete in piccioletta barca.
Desiderosi d'ascoltar, seguiti
Dietro al mio legno che cantando varca.

Dante escribió su poema para que todos leyéramos en él la relación de lo terreno y de lo humano con lo suprasensible y lo divino; relación ascendente o descendente según los objetos que contemplaba o según los afectos de su ánimo. Así glorificó a Beatriz con atributos místicos, le dio asiento entre las potestades celestiales y la supuso mandataria de la sabiduría eterna para velar por el pecador errante y sin ventura que la quiso en esta vida de tan acendrada y singular manera; así se conturba ante los espíritus radiantes, beatificados ya por

el bien sumo y a quienes contempla lleno de angustia desde un rincón de su aposento, con la frente ceñida y sombría, con la faz velada por increíble dolor y los labios contraídos por el desdén acerbo que nos muestran sus retratos.

No hubo jamás unión tan estrecha, compenetración tan íntima como al que contemplamos entre Dante Alighieri y su poema: era forzoso que la Divina Comedia y la existencia de su autor concluyesen a un mismo tiempo; y así aconteció puntualmente.

Mediado Septiembre de 1321 salió Dante de Venecia para tomar la vuelta de Ravena, minado ya por la fiebre, mensajera de la muerte. La madrugada del 14 le vio agonizar, y cuentan sus biógrafos que de tarde en cuando y con voz sibilante murmuraba el nombre de Beatriz, acaso para despedirse de su hija, novicia dominicana de San Esteban, que consoló sus últimos momentos; acaso también para saludar a su celeste guía que se aprestaba a franquearle las puertas de la Eternidad. Al fin entregó a Dios "su alma cansada" y entre el rumor de los primeros vientos otoñales que meneaban los pinos ribereños del Chiassi, ascendió como en el último canto del Purgatorio.

Puro e disposto a riveder le stelle.

Y aquel día en que la Iglesia celebraba la Exaltación de la Cruz, Dante Alighieri entendió que los Reinos de ultratumba eran más excelsos y hermosos que los que había imaginado en su poema.



ORACION GRATULATORIA

**Pronunciada por el Canónico Doctor José Vicente Castro Silva
en la Capilla del Colegio del Rosario para Festejar las Bodas
Sacerdotales del Doctor Jenaro Jiménez.**

Ilustrísimo Señor Rector,

Respetable Claustro:

El día de hoy estamos asistiendo a la conmemoración religiosa de aquella fecha, separada de nosotros por el largo espacio de 25 años, en que el Doctor Don Jenaro Jiménez, Vicerrector de este Colegio, recibió de Dios el carácter sagrado que lo constituyó sacerdote para la eternidad. Fecha insigne que vio esa pasmosa transformación de un hombre en ministro de Jesucristo y dispensador de sus misterios, que señaló el comienzo de una vida nueva, toda la colaboración en los designios de Dios acerca de la salud sobrenatural de sus criaturas, que abrió ante una de ellas un camino inacabable señalado por el Redentor a sus discípulos cuando les dijo: "Id y enseñad", que colocó en unas manos mortales las dádivas infinitas que sacó de su corazón el Unigénito de Dios, que esforzó una voz humana hasta darle imperio sobre el cuerpo sacratísimo que un día se albergó en el seno inmaculado de la Virgen Madre y ahora se recata debajo de los velos eucarísticos, que abrió en fin unos ojos para que viesen más allá de la falaz apariencia de este mundo y por encima de sus solicitudes inciertas la realidad serena que acá sobre la tierra se denomina santidad y abnegación y en la otra vida es deleitosísima contemplación de Dios, visión bienaventurada de paz, sosiego de gloria en los tabernáculos eternos.

Festejar un día como éste es para un sacerdote celebrar y exaltar las mercedes Divinas con las propias palabras de la Madre de Dios: "Mi alma engrandece al Señor y se alberga mi espíritu en Dios mi salvador porque ha hecho en mí cosas grandes". Grandes en verdad, porque en el momento de la ordenación sacerdotal habitan en el alma la magnificencia de Dios y la magnificencia del hombre: la de Dios, porque otorga y para siempre, sus poderes redentores; la del hombre, porque ha procurado disponerse a recibir esta avenida de gracias con toda la pureza y a costa de todos los sacrificios de que es capaz. Entrambos linajes de magnificencia están allí muy en su punto porque, al decir de Santo Tomás conviene ser magnífico, espléndido y suma-